

La caza de ballenas en las costas de Chile bajo la mirada y la pluma de Francisco Coloane. Reflexiones sobre un conjunto de fotografías y relatos.

Daniel Quiroz*

RESUMEN: El siguiente trabajo presenta un conjunto de fotografías pertenecientes al Museo Histórico Nacional y tomadas por Francisco Coloane en Quintay en 1953. Se las contextualiza en el marco de la relevancia de las ballenas y su caza en el imaginario de la obra del escritor. El texto desarrolla asimismo una comprensión histórica de esta actividad tanto a nivel global como en el contexto temporal y espacial de la visita de Coloane a la planta ballenera de Quintay, incluyendo su participación en un crucero ballenero del buque Indus 11 capitaneado por el legendario Humberto Olavarría, comodoro de la flota de la Compañía Industrial y chilote al igual que el escritor.

PALABRAS CLAVE: caza de ballenas, Francisco Coloane, fotografías, Quintay

ABSTRACT: This paper presents a set of photographs taken by Francisco Coloane in Quintay in 1953, which are deposited in the collections of the National Historical Museum. They are contextualized in the frame of relevance of whales and whaling in the imaginary created by the writer through his work. It develops a historical understanding of this activity both on a global level and in the temporal and spatial context of Coloane's visit to the Quintay whaling station, including his participation in a whaling cruise carried out on the ship Indus 11, led by the legendary Humberto Olavarría, commodore of the Compañía Industrial's fleet and Chilote like the writer.

KEYWORDS: whaling, Francisco Coloane, photographs, Quintay

* Antropólogo, Universidad de Chile (1978). Licenciado en Antropología Social (1978), magíster en Arqueología (2002) y doctor en Historia (2015) de la Universidad de Chile. Investigador de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural y profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Sus principales líneas de trabajo son las adaptaciones marítimas costeras e insulares, la antropología e historia de la caza de mamíferos marinos, las narrativas etnográficas sobre ballenas y balleneros, y la etnografía histórica de buques, máquinas e instalaciones industriales.

Cómo citar este artículo (APA)

Quiroz, D. (2020). *La caza de ballenas en las costas de Chile bajo la mirada y la pluma de Francisco Coloane. Reflexiones sobre un conjunto de fotografías y relatos*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.mhn.gob.cl/sitio/Contenido/Colecciones-digitales/96708:Francisco-Coloane-y-la-caza-de-ballenas>

Los cetáceos se han relacionado con los seres humanos durante largo tiempo. En el curso de sus «peregrinajes oceánicos de larga distancia», las ballenas se acercaban «a las mismas regiones de las costas del Atlántico y el Pacífico» que habitaban hombres y mujeres, transformándose en «fuente de alimentos y combustible, en figuras mitológicas y literarias y, finalmente, en símbolo de la crueldad humana y el peligro ecológico» (Richter, 2015, p. 155). Los sitios en el litoral «se constituyen, material y simbólicamente, a través de las interacciones entre los diversos habitantes humanos y no humanos», y son resultado de prácticas pasadas y presentes «tales como la pesca, la caza de ballenas, la recreación, el tráfico de naves, la construcción de edificios y [también] de narrativas» (Richter, 2015, p. 156).

Los relatos de las operaciones balleneras se han modificado junto con los cambios en las relaciones cinegéticas entre los humanos y los cetáceos.



Figura 1. Retrato de Francisco Coloane durante su visita a la planta ballenera de Quintay en 1953. Fuente: <https://centroderecursos.educarchile.cl/handle/20.500.12246/37728>

En efecto, la caza de estos en las costas chilenas ha sido narrada por «cronistas» que la observaron en un presente etnográfico (Sanjek, 1993; Pina-Cabral, 2000). Entre ellos, Francisco Coloane es tal vez el más importante y, ciertamente, quien más escribió sobre dichos mamíferos y su relación con los seres humanos, ya fuera en Valdivia, Chiloé, Magallanes, Antártica o Quintay. El siguiente artículo reflexiona, precisamente, sobre las doce fotografías tomadas por el escritor durante su visita a esta última localidad en abril de 1953 (fig. 1), hoy pertenecientes al Museo Histórico Nacional.

Captura de cetáceos en el mundo

La caza comercial de ballenas se inició en el mundo occidental recién en el siglo x o xi d. C. Pescadores de las costas del golfo de Vizcaya capturaban ballenas francas a bordo de botes abiertos y con arpones de mano, procesando luego sus carcasas en tierra para obtener la grasa que comercializaban luego por toda Europa (Azpiazu, 2000). En el siglo xvi sus pesquerías se extendie-

ron por las costas atlánticas hasta Terranova (Canadá), instalándose incluso en las costas de Brasil a comienzos del siglo xvii (Du Pasquier, 2000). Entre esta centuria y la siguiente, holandeses e ingleses –así como franceses, daneses, rusos y alemanes– continuaron con la tradición iniciada por los vascos, persiguiendo ballenas por todo el Atlántico Norte. En la segunda mitad del siglo xviii se emprendió en las costas de Nueva Inglaterra una nueva forma de cazar y procesar cetáceos –especialmente cachalotes–, en botes balleneros que se bajaban desde veleros de mayor tamaño y desde los cuales se lanzaban uno o más arpones a muy corta distancia. En su huida, la ballena herida remolcaba el bote, y cuando se cansaba, el timonel le hundía una lanza. Una vez muerto, el cuerpo era descuartizado a un costado del velero, en tanto que la grasa se subía a bordo por medio de poleas para ser transformada en aceite dentro de hornos instalados sobre el mismo barco (Davis, Gallman y Gleiter, 1997, p. 36). Denominada «tradicional» o «premoderna» (Ellis, 1991), esta modalidad de caza de ballenas alcanzó las costas del Pacífico a fines del siglo xviii y se globalizó durante la primera mitad del siglo xix (Dolin, 2007).

Por su parte, la caza moderna de estos cetáceos surgió en el norte de Noruega durante la segunda mitad del siglo xix a partir del cañón arponero «inventado» por Sven Foynd y montado en buques de vapor. Construidas para hacer más eficiente el proceso, estas embarcaciones debían ser rápidas, poderosas, maniobrables y virtualmente imposibles de hundirse, y usaban «un arpón explosivo lanzado desde un cañón montado en la proa» (Brown, 1976, p. 25). Estas innovaciones permitieron capturar todo tipo de ballenas en los mares antárticos, incluidos grandes rorcuales como el azul y el de aleta, cuyas carcacas eran procesadas en plantas terrestres para producir aceite y abono.

La actividad comenzaba con la llegada a la planta de la ballena que, luego de ser izada a la rampa, era trasladada a la plataforma de descuartizamiento, donde se separaban el tocino, la carne y los huesos para las «cocinerías». Mientras el aceite era enviado a plantas de purificación, los líquidos y sólidos restantes se destinaban a la planta de harina o de guano (Basberg, 2004, pp. 83-84). Por su parte, los buques factoría –considerados como verdaderas «fábricas en movimiento»– recibían grandes trozos de tocino, los cuales al comienzo se cortaban a un costado de la nave antes de ser embarcados, picados en trozos más pequeños y cocinados en calderas para obtener el aceite¹; desde 1925, sin embargo, las naves incorporaron rampas que permitían subir el cetáceo completo sin necesidad de un procesamiento previo (Basberg, 1998, 31-32).

¹ Los japoneses siguieron el modelo noruego, aunque modificaron las plantas de procesamiento, pues su objetivo no era obtener aceite, sino carne para consumo humano (Kalland y Moeran, 1992, p. 79).

Caza en Chile

Se considera que la «apertura del ciclo ballenero» en el país se produjo en 1792, año en que se registró la presencia de casi 40 navíos norteamericanos, ingleses y franceses en aguas chilenas (Pereira Salas, 1971, p. 43). Durante el siglo XIX, las actividades cinegéticas de barcos extranjeros en las costas chilenas estimularon en distintos puntos del territorio la formación de empresas con capitales nacionales dedicadas parcial o completamente a la cacería de cetáceos. Entre las más conocidas figuraban la Compañía Chilena de Balleneros en Valparaíso (Véliz, 1961, p. 30), la Compañía Ballenera Mathieu y Brañas, y su sucesora, la Sociedad Ballenera Toro y Martínez, ambas en Talcahuano (Sandoval, 1978, p. 234; Salvo, 2000, p. 65). Además de estas operaciones «empresariales», y especialmente en los alrededores de este puerto –aunque también en otros puntos de la costa–, cazadores particulares como José Olivares en Caleta Tumbes (Salvo, 2000) y Juan Macaya en Puerto Norte, isla Santa María, utilizaban chalupas y arpones de mano para capturar ballenas cuyo aceite vendían posteriormente en Talcahuano y Coronel (Hernández, 1998).

En los primeros años del siglo XX, la cacería de cetáceos en Chile recibió un nuevo impulso con el arribo de avezados marinos noruegos. Estos formaron nuevas empresas dedicadas a dicha actividad en Punta Arenas, Ancud y Valdivia, lo que significó el ingreso oficial del país en la caza moderna de ballenas (Tønnesen y Johnsen, 1982, pp. 202-204; *cf.* Risting, 1922, pp. 558-570). En 1904 se formó en Punta Arenas la Sociedad De Bruyne, Andresen y Cía. que, sucedida en 1906 por la Sociedad Ballenera de Magallanes, funcionó hasta 1916; en 1908, A. F. Christensen registró en Valdivia la compañía A/S Pacific, subsidiaria de la noruega A/S Nor, que operó hasta 1913 (Tønnesen y Johnsen, 1982, p. 202). A partir de la Sociedad Ballenera y Pescadora de Valdivia, ese mismo año 1908 y también con capitales noruegos se abrió la Sociedad Ballenera Christensen y Cía. que, vendida en 1911 al grupo dirigido por W. Jebsen de Bergen, Noruega, fue registrada como A/S Corral y funcionó hasta 1913. Tanto las instalaciones y equipos de dicha compañía como los de A/S Pacific fueron adquiridos posteriormente por la Sociedad Ballenera de Corral, fundada en Valdivia con capitales chilenos. Esta operó prácticamente en solitario hasta 1935 (Tønnesen y Johnsen, 1982, pp. 203-204), cuando fue adquirida por la Compañía Industrial S. A. –más conocida como «Indus»– con sede en Valparaíso, iniciándose con ello una nueva etapa en la industria ballenera nacional (Sepúlveda, 2008). La mayoría de estas em-

presas usó buques cazadores para la captura y plantas terrestres para procesar la caza, aunque algunas recurrieron ocasionalmente a buques factoría para la transformación de la grasa en aceite.

La planta ballenera de Quintay

Ubicado en una bahía e inaugurado en 1943 (Quiroz, 2015a), este complejo industrial poseía distintas instalaciones y estaba dominado visualmente por la rampa y la plataforma de descuartizamiento, donde era posible observar las ballenas antes de ser destrozadas y transformadas en aceite (De la Fuente y Quiroz, 2011; Quiroz y De la Fuente, 2012; Quiroz, 2015a, 2016b). Cuando la flota tenía éxito, los cetáceos eran remolcados hasta la planta y amarrados a una de las cuatro boyas distribuidas en la rada, momento en el cual la responsabilidad pasaba de los buques a la planta terrestre. La caza se transportaba entonces desde la boya hasta el borde de la rampa por medio de lanchas o «pangas» —a bordo de las cuales se llevaban también provisiones, arpones y otras herramientas al barco— y luego se arrastraba hasta la rampa con una grúa o «*donkey*» movilizada por un riel ubicado en el muelle; una tenaza en el extremo de la pluma —la «jaiba»— levantaba al cetáceo desde la cola y lo acomodaba en la rampa. Tras conducirla desde la rampa a la plataforma con un huinche principal de gran tamaño y potencia, la ballena era estabilizada con otros huinches más pequeños en el lugar requerido. La complejidad de la maniobra de traslado hasta la cama de descuartizamiento no solo exigía la intervención del *donkey*, la jaiba y los huinches, sino también de personas que lanzaran agua en forma constante para facilitar el arrastre.

Luego de las faenas de izamiento, los balleneros a menudo se fotografiaban junto a la pieza en la plataforma de descuartizamiento. Durante el faenamamiento era común que trepan el cuerpo del cetáceo (fig. 2), premunidos de botas de cuero firme dotadas de toperoles para evitar los resbalones y engrasadas para que no les entrara aceite, agua ni sangre —escena de la cual también se conserva una gran cantidad de fotografías—. Ya en la cama de descuartizamiento, la caza era arrastrada en distintas direcciones por huinches con cadenas. En la parte final del proceso, una sierra mecánica cortaba los huesos, los cuales no se lanzaban a los cocinadores, sino que se enviaban a una planta especial. Tanto los huinches como la sierra funcionaban con vapor a presión, suministrado por calderas a través de un complejo sistema de tuberías.

En la sección de descuartizamiento se concentraban herramientas especializadas, como el gancho de maniobras para arrastrar la carne hacia los

autoclaves o los cuchillos balleneros de origen noruego. Los trabajadores de esta sección eran alambrosos, gancheros y descuartizadores. Estos últimos eran los encargados de cortar la ballena en trozos, en tanto que los primeros la «tiraban» o «pelaban» con alambres, uniendo a los huinches los pedazos de tocino o grasa y cortándolos luego en trozos más pequeños para que los gancheros los lanzaran a los cocinadores.



Figura 2. Francisco Coloane. Remolque y procesamiento de ballenas de aleta en la plataforma de descuartizamiento de la planta de Quintay. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14760, FA-14764, FA-14763 y FA-14765.

La denominada «planta industrial», «planta de aceite» o «planta de calderas» se ubicaba debajo de la sección de descuartizamiento, situada en su mitad posterior. Solo eran visibles un galpón que albergaba la parte mecánica del complejo y las tapas o claraboyas de los cocinadores. Funcionando por dos horas y media a una presión de vapor de 200 psi, en estos se arrojaban y se reducían los huesos, la grasa y la carne que resultaban del descuartizamiento, sacando de esta última el aceite y la grasa. Había además cuatro autoclaves, utilizados para cocer los huesos y extraerles el aceite. Este era enseguida refinado, primero manualmente, luego utilizando poderosas centrifugas y agregándole una mezcla de sal y ácido sulfúrico para decantar impurezas. Una vez limpio, era almacenado en estanques exteriores de 6 m de diámetro, con 1000 l de capacidad.

El complejo contaba además con otras instalaciones denominadas «plantas». En una de ellas el aceite de la esperma del cachalote se revolvía con soda cáustica a altas temperaturas –unos 800° C– para obtener jabón. Una vez que se le sacaba el agua, la mezcla era enfriada hasta los 35° C, de lo cual resultaba un producto conocido como «jabón Gringo». Por su parte, la «planta de harina» recibía los restos de carne y grasas que sobraban una vez que se extraía todo

el óleo en la «planta de aceite». Para obtener harina –utilizada para alimentar aves–, los restos eran llevados a estanques de presión y secados luego en los hornos. Una vez que se extraía el aceite de los huesos, en otra planta se los pulverizaba a presión para elaborar un fertilizante. Finalmente, en la «planta de cenizas y soda» se fabricaba un polvo con carbón y soda cáustica –sin productos de la ballena– que servía como base para la producción de detergente.

En un sector separado de la planta industrial se encontraban las denominadas «cuadras» y las residencias. Además de la casa del director de la ballenera, había allí una cancha de fútbol, cuatro conjuntos de dormitorios o cuadras, un comedor común, un policlínico, una imagen de la Virgen, un almacén y casas particulares para algunas familias de trabajadores. Asimismo, la instalación contaba con un pabellón de administración, una planta de electricidad, un pañol de herramientas y una «sala de oratoria».

Los buques balleneros

En 1953 la Compañía Industrial operaba los buques cazadores Indus 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10 y 11. De ellos, cuatro habían sido fabricados en Noruega y cuatro en Inglaterra, en tanto que el Indus 1 y el Indus 5 habían naufragado en 1939 y 1951, respectivamente. Por su parte, el Indus 2 había sido vendido en 1946 a la firma Macaya Hermanos de Talcahuano, que lo rebautizó Juan I y lo operó hasta 1983.

La Tabla 1 muestra las características técnicas de los buques cazadores de la flota en 1953.

Tabla 1. Especificaciones técnicas de los buques cazadores de la Compañía Industrial S. A. en 1953

	ASTILLERO	PAÍS	AÑO (1)	NM	AÑO (2)	ARQUEO GRUESO / NETO	DIMENSIONES ESLORA/MANGA/PUNTAL (M)	POTENCIA (nhp)
Indus 3 ex Zambesi	Akers	Nor	1912	1292	1936	177,21 / 88,60	31,60 x 6,00 x 3,80	58
Indus 4 ex Samson	Akers	Nor	1908	1293	1936	176,40 / 89,58	30,80 x 5,80 x 3,80	50

Indus 6 ex Skudd 4	Nylands	Nor	1929	1384	1946	294,15 / 51,43	35,09 x 7,04 x 4,02	69
Indus 7 ex Bouvet 4	Smith's Dock	Ing	1930	1392	1947	279,62 / 77,48	37,26 x 7,28 x 4,11	75
Indus 8 ex Bouvet 2	Smith's Dock	Ing	1930	1403	1948	279,62 / 77,48	37,26 x 7,28 x 4,11	75
Indus 9 ex Star XVI	Akers	Nor	1930	1447	1951	272,78 / 52,82	37,23 x 6,93 x 4,05	69
Indus 10 ex Kos XV	Smith's Dock	Ing	1932	1451	1951	291,95 / 66,41	38,55 x 7,31 x 3,96	75
Indus 11 ex Kos X	Smith's Dock	Ing	1932	1460	1952	291,95 / 66,41	38,55 x 7,31 x 3,96	75

Fuente: Archivo de la Dirección General de Territorio Marítimo y Marina Mercante (Valparaíso, Chile), años 1936-1953.

SIMBOLOGÍA

Nor = Noruega; **Ing** = Inglaterra

AÑO (1): Año de construcción del buque

NM: Número de matrícula con el que fue inscrito en el Registro Nacional de la Marina Mercante de Chile.

AÑO (2): Año de matrícula del buque en Chile.

nhp: Nominal horsepower. Medida usada para estimar la potencia de los motores a vapor. Depende de su tamaño y de la velocidad de los pistones.

En 1953, Francisco Coloane se embarcó en el ballenero Indus 11 (fig. 3), a la sazón buque insignia de la flota y capitaneado por el chilote Humberto Olavarría, su comodoro. La nave había sido construida en 1932 con el número 941 y el nombre Kos X en los astilleros Smith's Dock Co. Ltd. de Middlesbrough, Inglaterra, para Hvalfangerselskapet Kosmos II A/S (Anders Jahre & Co.) de Sandefjord, Noruega. Con 260 toneladas gruesas y 93 de registro, medía 119,7 ft de eslora, 24,1 ft de manga y 13,7 ft de puntal. Luego de su botadura el 20 de abril de 1932, fue requisada en 1940 por la Royal British Navy, utilizada durante la Segunda Guerra Mundial como dragaminas con el nombre de HMS Flicker (FY 719) y devuelta en 1946 a sus antiguos dueños, recuperando entonces su nombre «Kos X»².

² http://www.teesbuiltships.co.uk/view.php?a1PageSize=5&a1Order=Sorter_types&a1Dir=DESC&a1Page=7&ref=166602&vessel=KOS+X (consultado el 20 de marzo de 2020).

La Compañía Industrial S. A. de Valparaíso la adquirió en 1951 por £ 22750 con el compromiso de no usarla en la caza pelágica. Sus especificaciones técnicas señalaban que tenía casco de acero, proa lanzada y popa de crucero, una cubierta corrida, una chimenea y dos palos, y aparejo de goleta. Poseía una hélice impulsada por un motor recíproco de triple expansión con cilindros de 75 nhp (950 hp) y una caldera a petróleo³ construida por Blair & Co. de Stockton, Inglaterra que, entregando una presión de 200 psi, le permitía desarrollar una velocidad de 12,5 kn. Contaba con un arqueo grueso de 291,95 y uno neto de 66,41, y el 7 de julio de 1952 fue matriculada en el Registro de la Marina Mercante Nacional con el número 1460 y el nombre de «Indus 11».

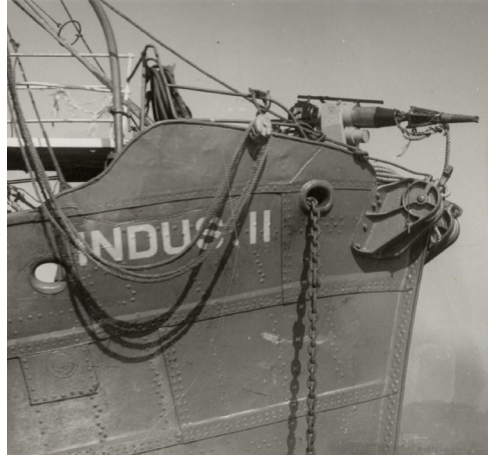


Figura 3. Francisco Coloane. Proa del Indus 11 con el arpón de cabeza explosiva a la vista. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14759.

Por solicitud de la Compañía Industrial S. A, fue declarada técnicamente naufragada por la Dirección del Litoral y Marina Mercante el 17 de febrero de 1966, «en vista de las malas condiciones en las que se encuentra, lo que unido a la vetustez de la nave, no hace recomendable su reparación ni explotación comercial». La conclusión no impidió, sin embargo, su venta el 17 de junio de ese mismo año a la Sociedad Pesquera Ruiz Ltda., aunque el día 11 del mes siguiente acabó naufragando en los roqueríos frente a la Estación Bellavista de Valparaíso.

Según información del Vestfoldarkiv en Sandefjord (Noruega) sobre la cantidad y tipo de ballenas cazadas por cada buque de la flota de la Compañía en distintos años, en 1953 –cuando el gerente de la planta era Helmuth Heinsen– se capturaron 1016 ballenas, que produjeron un total de 24 841 barriles de aceite y 523 toneladas de harina.

La Tabla 2 muestra la distribución de los cetáceos capturados por buque y por especie.

³ Algunas de ellas se muestran en http://elmuseovirtual.com/ficha.php?menu_id=1&jera_id=756&page_id=720 (consultado el 21 de junio de 2020).

Tabla 2. Cantidad de ballenas capturadas por tipo y buque en 1953

	CACHALOTE	AZUL	ALETA	JOROBADA	SEI	N.º DE MESES	TOTAL	%
Indus 3	16	4	2	0	0	2	22	2,2
Indus 4	17	15	15	0	0	4	47	4,6
Indus 6	65	26	53	0	4	9	148	14,6
Indus 7	99	22	40	0	5	9	166	16,3
Indus 8	79	15	17	0	1	9	112	11,0
Indus 9	84	25	20	1	1	7	131	12,9
Indus 10	72	25	47	0	1	9	145	14,3
Indus 11	152	38	43	0	12	11	245	24,1
Total	584	179	237	1	24		1016	100,0
%	57,5	17,6	23,3	0,1	2,4		99,9	

Fuente: *Report of Number of Whales, Oil Production, etc., Season 1953*, Compañía Industrial S.A., Valparaíso, Chile. Vestfoldarkiv, Sandefjord, Noruega.

Más de la mitad (57,5 %) de la captura fue de cachalotes, y el porcentaje restante se repartió entre ballenas de aleta (23,3 %), azules (17,6 %), sei 2,4 % y jorobadas (0,1 %, correspondiente a un solo ejemplar). Con un promedio de operación de los buques de nueve meses por año, los Indus 3 y 4 operaron solo dos y cuatro meses respectivamente, mientras que, recién llegado, el Indus 11 estuvo activo durante 11 meses, capturando en ese lapso casi la cuarta parte del total de la caza (24,1 %).

Coloane y las ballenas

Las observaciones, fotografías y comentarios de Francisco Coloane sobre la caza de ballenas poseen real importancia antropológica. Además de ser un testigo privilegiado de dicha actividad, el escritor tuvo la habilidad de contar su experiencia de modo que los lectores pudieran imaginar lo mismo que él había podido observar. Junto con ello, sus imágenes de la caza y faenamiento tienen el mérito de pertenecer a un universo fotográfico abundante, aunque relativamente desconocido⁴.

⁴ Hasta la fecha, no conocemos estudios sobre otras colecciones fotográficas de la ballenera de Quintay, tales como la de Roberto Gerstmann –depositada en los archivos de la Universidad Católica

Más aun, Coloane «es tal vez el único de los escritores chilenos que ha sabido reflejar de manera tan amplia y fuerte la vida de los chilenos del mar, los temporales, los paisajes, la geografía, las costumbres, las creencias y los dramas humanos que se atan y desatan sobre las olas o junto a ellas» (Varas, 1998, p. 15). Las palabras subrayan uno de los principales focos de sus reflexiones y escritos: la cultura del hombre de mar, respecto de la cual el escritor es sin duda quien más ha hablado sobre la caza de ballenas en las costas chilenas –interés reconocido por el propio Pablo Neruda, que en 1969 le dedicó el mensaje «honor a tus ballenas, Francisco, a tus arpones...» (Varas, 2010, p. 27)–. Su novela *El camino de la ballena* (1962), su reportaje *Los balleneros de Quintay* (1972) y su crónica *Mito y realidad de las ballenas* (1979/1995, pp. 45-52) son fundamentales para entender los secretos de esta actividad, y permiten considerarlo como un verdadero «etnógrafo equivalente» (Quiroz, 2015), quien tuvo la oportunidad de observar eventos en un presente etnográfico y contarlos a su manera, con sus palabras y su propia mirada.

Con todo, el escritor –el «dueño de la mirada», el observador-participante– se definía como «un simple narrador de acontecimientos». Advertía que le había tocado «presenciar, sufrir o inventar» –o que incluso le habían «contado»– y recalca que nunca había «sabido bien por dónde empiezan la invención y la verdad» (Teillier, 1968). Así, gran parte de sus narraciones mezclan datos «verdaderos» –surgidos de experiencias directas con la actividad ballenera– con otros «inventados».

Aunque Coloane veía a su madre «como una ballena en una especie de astillero, que así parecía la casa donde vivíamos» (Vidal, 1991, p. 20), y Neruda lo llamó incluso «el hijo de la ballena blanca» (Vidal, 1991, p. 10), su primer contacto con las ballenas y los balleneros fue, sin duda, su padre, cuya frase «¡Volvamos al mar!» –dicha antes de morir– el autor siempre recordó (Vidal, 1991, p. 23). La figura de aquel se convirtió en un motivo en la obra de este, quien nunca se cansó de repetir esta temprana y casi genética vinculación con el océano:

Mi padre era un autodidacta del mar, como yo de la literatura. Solo que yo nunca pude usar la pluma como él su arpón. Me cuentan que primero anduvo en las lobadas, como se dice allá en las cacerías de focas. Luego fue patrón de chalupas balleneras que

del Norte– y la de Luis Pita Sanclaudio, que permanece en manos de su familia, algunas de cuyas imágenes pueden verse en http://elmuseovirtual.com/ficha.php?menu_id=1&jera_id=756&page_id=720 (consultado el 21 de junio de 2020). Sería interesante catastrarlas, para evaluar la importancia relativa de la colección de Coloane.

pescaban para la factoría de Corral. Era la época en que cazaban con el arpón de mano. Más tarde cazó el cetáceo con cañón arponero en la Yelcho, nave de la que fue capitán. (Coloane, 2000, p. 26; cf. Vidal, 1991, p. 22)

Dos vivencias del escritor

Este artículo identifica dos «experiencias etnográficas» significativas en la vida de Coloane, separadas por casi veinte años. La primera ocurrió en 1934, cuando el escritor tuvo la oportunidad de observar las operaciones balleneras noruegas en Puerto Barroso, en el golfo de Penas (Quiroz y Carreño, 2010), y de hablar varias veces con los expedicionarios. Coloane relata que la última de estas conversaciones se produjo en el canal Fitz Roy, «donde obtuvimos como primicias periodísticas, las fotografías que ilustran esta información. Allí, charlando amigablemente una noche, los noruegos nos narraron aventuras maravillosas y extrañas visiones boreales de ambos polos, las que dejaremos para una próxima información» (Vidal, 1991, pp. 57-58). El autor señala que entrevistó asimismo «a unos noruegos, con intérprete» (Vidal, 1991, pp. 57-58), y narra aquellas experiencias en el relato «Flota ballenera» (Coloane, 16 de septiembre de 1934), publicado en el diario *El Magallanes* de Punta Arenas:

En ese tiempo estaban cazando ballenas unos amigos míos, los Doberti, en la región de Puerto Barroso, y tenían dos buques balleneros. Uno era el ‘Presidente Alessandri’. Yo conocí esa empresa ballenera desde que empezó; tengo un artículo que publiqué en el diario *El Magallanes* acerca de mi conocimiento de los primeros cazadores de ballenas que llegaron a Chile con barcos factoría. Y fueron de la firma Doberti de Punta Arenas. (Vidal, 1991, pp. 57-58)

Más tarde usó esta información para escribir el capítulo «La caza de ballenas» de *El último grumete de la Baquedano* (Coloane, 1941, pp. 89-102) y, luego, para caracterizar a Dámaso Ramírez, protagonista del cuento «Rumbo a Puerto Edén» del libro *Tierra del Fuego* (Coloane, 1956/2008, pp. 387-410).

La segunda experiencia del escritor identificada en este artículo fue la mencionada visita durante abril de 1953 a la planta ballenera de Quintay «para participar en una cacería de ballenas a bordo de un barco de la flota ballenera de la empresa Indus» (1995/2012, p. 290). Conversó entonces con el capitán Humberto Olavarría, «comodoro de la flota [... que] desde los catorce años empezó a navegar como pinche de cocina en los balleneros» (Coloane, 1972, p. 51), con el piloto Manríquez, con el primer ingeniero Opazo y con

el cocinero Moisés Arena, en sobremesas durante las cuales se hablaba «de balleneros desaparecidos en el mar y de otros hechos que se entremezclan, cual cadena de la vida, con eslabones tristes, grotescos y alegres» (Coloane, 1972, p. 61). Esperando la llegada del buque en la planta, dialogó también con el contraamaestre Carlos Aravena –«que dirigía las maniobras de atraque y subida de las ballenas por una rampla inclinada que llegaba hasta el mar» (Coloane, 1972, p. 40)– y con Evaristo González, «el hombre de más edad entre los faenadores» (Coloane, 1972, p. 45). Conoció así el duro trabajo de dichos hombres (fig. 4), aprendiendo que «entre la tierra y el mar, en la factoría ballenera de Quintay, las desatadas cabelleras de las olas se tornan

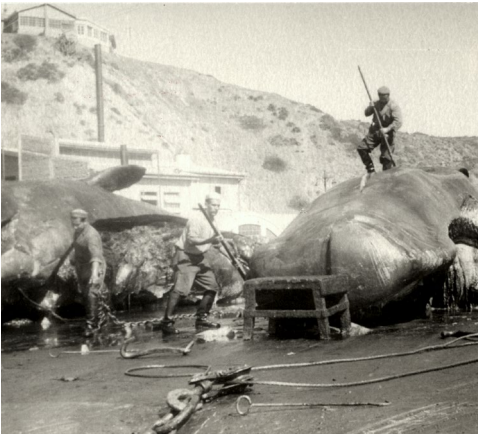


Figura 4. Francisco Coloane. Inicio del procesamiento de un cachalote en la plataforma de descuartizamiento de la planta ballenera de Quintay. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14756.

sanguinolentas, explicándonos el drama de las ballenas escrito con su propia sangre» (Coloane, 1972, p. 50). El texto habla de personas que «saben lo que significa para el trabajo y sus vidas un segundo, un minuto y una hora en medio de la inmensidad sin costa»; que «saben manejarse con cosas grandes, desde sus ballenas oceánicas hasta la relojería pendular del sol, la luna y sus estrellas [... cuyas] pequeñas naves son algo diminutas pero dominantes en el límite de los horizontes cósmicos» (Coloane, 1972, pp. 65-66).

Imágenes de balleneros en el Museo Histórico Nacional

El Museo Histórico Nacional posee 29 fotografías sobre la caza de ballenas⁵, de las cuales catorce fueron donadas por Zig-Zag/Quimantú en 1985. Muestran de manera casual el despliegue ballenero con escenas tanto en Quintay como en Iquique, Valparaíso, San Vicente, Chome, Lebu, San Carlos de Corral y Punta Arenas⁶.

⁵ Más una imagen cuyo tema no está del todo claro.

⁶ Es probable que el Museo conserve otras fotografías relacionadas con la industria ballenera, pues su colección iconográfica no se ha revisado en forma exhaustiva.

Tres fotografías del grupo están vinculadas con la actividad desarrollada por la firma Macaya Hermanos en San Vicente, Talcahuano, y en el complejo ballenero de Chome, en la península de Hualpén. De este último, la imagen FA-14761 muestra el procesamiento de una ballena probablemente de aleta en la plataforma de descuartizamiento —con la rampa al fondo y algunas de las construcciones de la planta a la derecha—, mientras que la FB-13514 registra el descuartizamiento de un cachalote. En tanto, la fotografía FC-12626 exhibe la proa de un buque cazador de la flota de Macaya Hermanos en el puerto de San Vicente, con su cañón arponero en primer plano.

En la postal PI-1797 se aprecia el ballenero a vapor Almirante Valenzuela —que operó en aguas magallánicas y antárticas entre 1906 y 1914 (Quiroz, 2011)— arrastrando ocho cetáceos en la planta de Bahía Águila, cerca de Punta Arenas. Con seguridad, la imagen AF-1574 fue tomada en la planta de San Carlos de Corral, cerca de Valdivia —que funcionó hasta 1936 (Quiroz, 2010)—, distinguiéndose en la escena una persona de traje en primer plano cerca de la orilla, a la derecha en segundo plano una ballena en la plataforma de descuartizamiento y algunas construcciones al fondo con un par de trabajadores caminando hacia ellas.

Respecto a la Caleta Balleneros en la desembocadura del río Lebu, tres registros de la colección —probablemente de 1894— constituyen un excelente ejemplo de la caza tradicional costera de desarrollada en Chile entre 1830 y 1940 aproximadamente (Quiroz, 2016a). Las fotografías forman parte de un álbum fechado entre 1890 y 1895, y donado al Museo Histórico Nacional por Maximiano Errázuriz⁷. En las imágenes AF-1239 y AF-1246 se observa el procesamiento de una ballena franca austral quizás varada en las cercanías, aunque más probablemente cazada; la fotografía AF-1238 muestra el que, según su ubicación diferencial en la bahía, parece ser otro ejemplar de la misma especie, y en el registro AF-1246 se distingue un número apreciable de niños y adultos —entre ellos, siete con cuchillos balleneros— observando la faena.

Tres registros del conjunto pertenecen a Roberto Gerstmann, quien los incluyó en su libro de fotografías *Chile* (1959). De ellos, el FB-8010 muestra una ballena de barbas en la plataforma de descuartizamiento de la planta de Bajo Molle, cerca de Iquique, también propiedad de la Indus. En tanto, la imagen FB-8252 exhibe mediciones a un par de cachalotes en la plataforma de descuartizamiento en Quintay, y la FC-3102 muestra una vista general

⁷ El mencionado álbum contiene 50 imágenes, de las cuales 34 son del fundo Panquehue de la familia Errázuriz Urmeneta en la provincia de San Felipe, Región de Valparaíso, y las restantes fueron tomadas en Lebu, donde el clan poseía minas de carbón.

del mismo complejo desde el norte. También de dicha planta, la FC-8664 es una copia recortada de un retrato publicado en el libro *Vida y muerte de las ballenas* de Georges Blond (1958)⁸ de la tripulación de un buque ballenero a fines de los años '40; la FA-14777 representa el izamiento de una ballena por la rampa e ilustra, junto con otras fotos, un reportaje de Genaro Winet publicado en revista *Zig-Zag* el 3 de diciembre de 1943; la FB-12274 tiene una vista general de las instalaciones desde el norte; la FA-14813 muestra



Figura 5. Francisco Coloane. Cachalotes en la rampa y en la plataforma de descuartizamiento de la planta ballenera de Quintay. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14757, FA-14767 y FA-14758.

dos ejemplares de ballenas que están siendo procesados en la cubierta de un buque factoría⁹, y en la FB-15367 se observa parte de la flota ballenera de la Compañía Industrial en Valparaíso.

Salvo por la imagen FA-14761 de la ballenera de Chome, las imágenes inventariadas correlativamente entre los códigos FA-14755 y FA-14767 fueron todas tomadas por el escritor en Quintay, según se desprende de su información de registro. Se trata de positivos monocromos en papel de 9 x 12 cm en formato horizontal y margen de 1 cm, capturados seguramente durante la visita de Coloane a la planta en 1953.

Del conjunto, las fotografías FA-14756, FA-14757, FA-14758 y FA-14767 muestran grupos de cachalotes en la plataforma de descuartizamiento (fig. 5). «La cabeza de un cachalote queda allí abierta como una caverna de la cual se derraman innumerables

⁸ El original en francés de la publicación fue editado en 1953 con el título *La grande aventure des baleines*. Contiene 21 imágenes, tomadas en su totalidad por el actor, guionista, documentalista y director de cine francés Fred Matter —explorador de Groenlandia y el Amazonas, y director en Chile, entre 1947 y 1949, de la película *El paso maldito*—.

⁹ Aunque la Compañía Industrial usó un buque factoría entre 1938 y 1939, el Indus BF (Quiroz y De la Fuente, 2012), no es posible asegurar que la fotografía fuese tomada a bordo de dicha embarcación.

estalactitas transparentes; el ámbar o espermaceti, tan estimado desde la antigüedad por la química, para la perfumería, cosméticos y otros usos medicinales» (1972, p. 45), escribe el autor¹⁰.

Según lo registrado en las imágenes FA-14760, FA-14762 y FA-14766, el Indus 11 cazó tres ballenas de aleta durante aquella jornada, dejando sus carcasas en Quintay para su procesamiento y zarpando casi de inmediato. Al desembarcar y antes de regresar a casa, Coloane las fotografió en la plataforma de descuartizamiento (fig. 6).

Las imágenes FA-14755 y FA-14759 muestran al Indus 11 anclado luego de su ingreso a la bahía al atardecer, con «nueve ballenas a dos bandas; su proa se levanta y cae entre las olas y los cetáceos como el rayo verde que algunos ven cuando se pone el sol en el Pacífico» (1972, p. 51).



Figura 6. Francisco Coloane. Escenas de la caza de una ballena de aleta a bordo del Indus 11. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14762 y FA-14766.

En Nosotros los Chilenos

Del material donado por Zig-Zag/Quimantú al Museo, las fotografías FA-14813 –con dos ballenas que están siendo procesados en la cubierta de un buque factoría–, FB-13514 –que muestra el procesamiento de una ballena en la planta de Chome–, FA-14759 y FA-14766 –estas últimas tomadas por Coloane– ilustran *Los balleneros de Quintay*¹¹, «reportaje gráfico» (así denominado por la editorial) del autor que, junto a las crónicas *Los ascensoristas de Valparaíso* y *Los minutereros*, fue incluido en el volumen 12 de la colección *Nosotros los Chilenos* y publicado en marzo de 1972. De formato horizontal, el libro tiene 33 páginas y es pequeño en tamaño –14 x 18,5 cm–, aunque tuvo un considerable tiraje de 50 mil ejemplares.

¹⁰ No es posible saber el origen de la información de Coloane. Con todo, el ámbar gris es una secreción del sistema digestivo del cachalote y se encuentra flotando en el mar o en la arena de la costa (Brito *et al.*, 2016), en tanto que el espermaceti se encuentra en el cráneo del animal.

¹¹ Es probable que sus editores decidieran no utilizar el total de las imágenes porque necesitaban incluir material gráfico a color o con mayor variedad iconográfica.

El texto describe la visita de Coloane a la planta de Quintay en 1953, relatando que mientras esperaba el comienzo de la jornada de caza, llegó a la bahía «el Indus 8 con cuatro cachalotes, remolcados a dos por banda. Se le ve sólo un poco más grande entre los cetáceos, de casco verdemar, desvaído, y la superestructura pintada de color crema» (Coloane, 1972, p. 41). La narración agrega que días después –el 12 de abril– arribó el Indus 7, «haciendo honor a su nombre, con siete cachalotes al remolque» (1972, p. 51).

Además de las cuatro imágenes ya mencionadas, el relato de Coloane incluye otras 18 fotografías. Nueve de ellas provienen del ya mencionado libro de Georges Blond¹², y el resto de las ilustraciones tiene orígenes diversos: dos muestran el puerto de San Vicente, observándose en una de ellas (Coloane, 1972, p. 64) la proa de un buque ballenero con su cañón arponero y la popa de una segunda embarcación, y en la otra algunas instalaciones no balleneras (Coloane, 1972, p. 53); otras seis fotografías –cuatro a color y dos en blanco y negro– corresponden a actividades balleneras fuera de Chile, y una –en blanco y negro– muestra un buque cargado con madera sin relación alguna con la caza y procesamiento de cetáceos.

Coloane explica que los balleneros estaban tripulados por «el capitán, piloto, tres mecánicos ingenieros, tres fogoneros, tres marineros de cubierta, un limpiador de máquina, un aprendiz de piloto, el cocinero y su ayudante» (p. 57), y narra el procesamiento de las ballenas de manera simple y precisa:

Aravena sigue dando órdenes con gestos olímpicos hacia la playa, donde la «jaiba» toma con sus pinzas a las ballenas muertas, por el extremo de la cola, con el muñón que les queda después de cortarles las aletas caudales en alta mar para facilitar el remolque. Con la izquierda da señales al winchero cuyo mecanismo empieza a enrollar el cable en un cabrestante que sube por la rampa al cetáceo. Ya arriba, los destazadores, con zapatos con clavos y largos cuchillos adheridos a sus astas ascienden hasta el lomo del animal.

¹² La traducción en español del libro de Blond fue publicada en 1958, y Coloane la compró «en una venta de libros usados en Quintero el 23 de enero de 1982» –aunque también podría haberlo adquirido «en la playa de Las Conchitas, el 23 de enero de 1980»– y lo llevó con él a las islas Galápagos en 1981. Con anotaciones de su puño y letra, identificó a algunos de los personajes fotografiados, como el capitán Olavarría y el piloto Manrique, que estuvieron con él en el Indus 11. Comentó asimismo que las fotografías «pertenecen a la ballenera de Quintay; el capitán del Indus 11 fue Humberto Olavarría, de Chonchi; empezó de pinche de cocina a los 14 años y llegó a comodoro de la flota de Quintay; es vergonzoso que el autor y los editores no digan una palabra sobre nuestra industria ballenera». Dichas anotaciones le sirvieron para escribir el relato *Ballenas, balleneros o travesías, en la corriente de Humboldt*, «con nuestra experiencia personal», aunque fue en su libro *Galápagos* (2010) donde en realidad incluyó alusiones a las ballenas y su caza, si bien no como tema central.

Desde la cabeza van dando grandes tajos a lo largo del cetáceo, formando tiras que después son desplegadas desde un ojal, por los cables del winche, cual si fueran simples lonjas de una cáscara de plátano. (pp. 43-44)

Las gigantescas lonjas de tocino son cortadas en trozos y llevadas por ganchos hasta las escotillas de los cocinadores que se abren en la superficie de la rampa. Abajo, en el subterráneo se procesan el aceite, la carne, los huesos y las vísceras que se convertirán finalmente en perfumados jabones, abonos y alimentos para aves y vacunos. (p. 44)

Cuenta que, con él a bordo, el Indus 11 se dirigió a Valparaíso para abastecerse de petróleo, encontrándose en el puerto con el Indus 9, al mando del capitán Sanders, «nórdico grueso, de bastante más edad que Olavarría» (1972, p. 55). Con emoción y dramatismo, el relato describe enseguida la salida en la mañana a buscar ballenas (fig. 7) y el fuerte temporal que dificultó el trabajo:



Figura 7. Francisco Coloane. Balleneros antes del zarpe del Indus 11 desde la planta ballenera de Quintay. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. FA-14755.

El piloto Manrique, a las diez y media, lanza por primera vez el grito de ‘¡ballena a proa!’ [...], por la proa veo surgir una especie de tromba marina y, entre ella, las aletas como las alas de un albatros gigantesco se curvan sobre el horizonte. Se hunden y desaparece la tromba, pero vuelve a surgir dos o tres veces más. [...] a las once menos cinco [el capitán Olavarría] deja el puente de mando y corre por la pasarela que lo une al castillo de proa. Oigo un disparo, y veo a capitán y cañón arponero envueltos en una nube de pólvora. La ballena ha muerto con el certero arponazo. El ingeniero manipula su winche y el rodillo del cabrestante empieza a recoger la espía con el cetáceo en su extremo. Es una ballena de aleta, la más ‘loba’ entre todas. La acoderan bajo la amura de babor. Un marinero lleva la lanza a las manos del capitán. Este la levanta y la hunde con todas sus fuerzas en el cuerpo del animal, atravesándole los pulmones hacia el corazón. Salta un

gran chorro de sangre y las olas espumosas con su desflocada cabellera sanguinolenta envuelven el cuerpo de la ballena. Un marinero corre con un largo cuchillo noruego y le corta las dos aletas caudales, que caen bajo la luz del horizonte. El ballenero parte a toda máquina con el cetáceo a remolque abarloado a estribor. (pp. 64-65)

A partir del reportaje

Largos párrafos del reportaje fueron transcritos en el ensayo *Mito y realidad de las ballenas*, escrito por Coloane en 1979 y publicado en el libro *Velero anclado* (1995). El texto abunda en datos sobre los balleneros vascos que ya cazaban en el siglo XII, enlazando sus digresiones al respecto tanto con el apellido del capitán Olavarría –«chilote de origen vasco»– como con su paso por España en septiembre de 1979 y con su lectura de un artículo de Moreno Echevarría sobre la materia (Coloane, 1995, p. 49). El ensayo transcribe asimismo, casi sin intervenciones, algunos párrafos del reportaje –entre ellos, conversaciones con el contramaestre Carlos Aravena y con el maestro descuartizador Evaristo González (Coloane, 1972, pp. 40-49; 1995, pp. 47-48)–, agregando información sobre la muerte del capitán Olavarría «hace unos cuantos años, de un ataque al corazón, cuando regresaba en su buque después de arponear su última ballena» (1995, p. 49).

También los cuentos *Alfaguara* (1976) –publicado en forma póstuma en el libro *Antártico* (Coloane, 2008b)– y *Los balleneros de Quintay* (Coloane, 2002) –publicado en el libro *Golfo de Penas*, cuya primera edición es de 1995 (no confundir con su libro *Golfo de Penas* de 1945)– fueron escritos a partir del reportaje de 1972. En el primero de ellos, el autor aprovecha de homenajear al recordado capitán:

A la cuadra de la punta Cruz de la Ballena murió el capitán Humberto Olavarría, natural de Chonchi, de la isla grande de Chiloé. Uno dijo que arponeando una ballena azul en el castillo de proa, y otro, que durmiendo en su camarote, después de andar buscando tesoros de piratas en la bahía de Guayacán. (Coloane, 2008, p. 112)

La narración singulariza asimismo la ballena azul –que, «por su gran tonelaje, será mucho mejor que si se trata de tres o cuatro cachalotes» (p. 102)–, describiendo las particularidades de su captura:

[...] la caza de una ballena azul reside más en la inteligencia y habilidad del piloto que va en la cofa, y es él quien tácitamente da al capitán la orden del cimbazos; la ballena azul es la más difícil de detectar bajo las aguas del mar también azul [...] si hay ruidos de cabestrantes o máquinas, su finísimo oído los percibe y se sumerge. (2008, p. 111)

Por su parte, el «cuento»¹³ *Los balleneros de Quintay* tiene pocas pero significativas diferencias con el «reportaje»¹⁴ del mismo nombre; entre otras, que este último texto posee un tono ligeramente técnico, mientras que el cuento es épico, además de lo cual modifica la redacción de algunos párrafos, o bien los quita o agrega. Uno de los que adiciona establece la temporalidad de la visita, lo que, extrañamente, no hace en el reportaje: «En abril de 1953 llegué por tierra a ese lugar para participar en una cacería de ballenas a bordo de un barco de la flota ballenera de la empresa Indus» (Coloane, 2010, p. 164); otro incluye una irónica referencia a la novela *Mónica Sanders* (1951), escrita por Salvador Reyes después de visitar Quintay y embarcarse en uno de sus buques balleneros: «Hace tiempo anduvo por acá uno de ustedes [escritor y periodista] y después escribió una novelucha» (2010, p. 165); un tercero relata que durante la navegación divisó a la distancia «mi casa de Quintero, junto al mar, cuyas rompientes olas embravecidas más de una vez han hecho naufragar algún barco» (Coloane, 2010, p.183) —una oportuna mención a su hogar en la costa y a su relación con los naufragios, otro de sus temas predilectos—.

Tal vez la diferencia más importante entre ambos textos es su final. Si el reportaje termina con un párrafo bastante parco —«Ya en tierra, desde el borde de la rampa ballenera de Quintay, veo que el Indus 11 embarca apresuradamente víveres y agua para hacerse de nuevo a la mar» (Coloane, 1972, p. 71)—, el cuento finaliza, en cambio, con un tono más personal, poético y vibrante:

Desde la costa vi que el Indus 11 hacía apresuradamente víveres y agua para hacerse cuanto antes a la mar, mientras yo tomaba rumbo a mi casa, junto a la cueva del Pirata, para ordenar estos apuntes. No he regresado a Quintay porque hoy es un lugar desolado sin cachalotes ni balleneros. Solo la trompa del cerro Curauma se asoma en la playa oceánica con el grito universal del Green Peace. (Coloane, 2010, p. 184)

Resulta notable esta sutil referencia al cambio de narrativa sobre la caza de ballenas. En efecto, el complejo de Quintay detuvo sus máquinas y cerró sus puertas tras el fin en 1967 de las operaciones conjuntas entre Indus —propietaria de la planta— y los japoneses de Nitto Hogeí —última esperanza para continuar una industria que ya no era viable— (Quiroz, 2020).

Así, Coloane reconocía en 1995 la emergencia de un poderoso discurso antiballenero, que no se manifestaba en 1972 cuando publicó el reportaje, ni

¹³ Las comillas son del autor.

¹⁴ Las comillas son del autor.

menos en 1953 cuando visitó la planta. A nivel global, aquel discurso permutó los roles de seres humanos y ballenas durante el «enfrentamiento»: en uno de los mundos, «los balleneros persiguen monstruos en frágiles embarcaciones»; en el otro, son los «gigantescos buques balleneros» los que persiguen «ballenas indefensas», y «las frágiles embarcaciones» son ahora las de los «valientes activistas» de Greenpeace (Epstein, 2008, pp. 96-98)¹⁵.

Finalmente, la caza de ballenas –que tenía un carácter heroico, con el hombre poniendo en juego su propia vida para combatir un monstruo aterrador–, pasa a convertirse en una actividad cruel e innecesaria, que muestra lo peor del ser humano ante una criatura indefensa (Lawrence y Phillips, 2004). Hoy es considerada como «un acto de barbarismo, no tradicional, sino anacrónico» (Van Ginkel, 2007, p. 11), en el cual las personas son los verdaderos «monstruos» y las ballenas sus «víctimas» –transformándose en un significativo símbolo de los esfuerzos conservacionistas por proteger el ambiente de los «extravíos» humanos–. Más aun, la observación de cetáceos se ha constituido en una gran industria (Hoyt y Parsons, 2014), por lo cual continúan siendo un poderoso recurso de estudio y contemplación; y si bien esto no deja de dañarlos, su naturaleza sigue siendo múltiple y contradictoria. En efecto, todavía portan esa naturaleza «monstruosa» que los hace tan atractivos para los seres humanos, quienes antes los seguían por el mundo entero para matarlos y que ahora los buscan solo para verlos y/o estudiarlos (Quiroz y Carreño, 2017, p. 52). «Nadie sabe cómo nacen y mueren los auténticos balleneros», decía Coloane (2008, p. 112); cayeron en desgracia, despojando a Quintay de lo que era para él interesante y atractivo, y convirtiéndolo en «un lugar desolado sin cachalotes ni balleneros» (2010, p. 184) al cual jamás volvió.

Referencias

- Azpiazu, J. A. (2001). *Balleneros vascos en el Cantábrico*. San Sebastián: Tartalo.
- Basberg, B. (1998). The floating factory: Dominant designs and technological development of twentieth century whaling factory ships. *The Northern Mariner*, 8(1), 21-37.
- Basberg, B. (2004). *The shore whaling stations at South Georgia: A study in antarctic industrial archaeology*. Oslo: Novus Forlag.

¹⁵ Charlotte Epstein habla de «una ruptura» que ocurre en algún momento durante la segunda mitad del siglo xx entre el «mundo ballenero» y el «mundo anti ballenero» (Epstein, 2008, p. 2).

- Blond, G. (1953). *La grande aventure des baleines*. París: Amiot Dumont.
- Blond, G. (1958). *Vida y muerte de las ballenas*. Barcelona: Garriga.
- Brito, C., Jordao, V. I. y Pierce, G. J. (2016). Ambergris as an overlooked historical marine resource: Its biology and role as a global economic commodity. *Journal of the Marine Biological Association of the United Kingdom*, 96(3), 585-596. <https://doi.org/10.1017/S0025315415000910>
- Brown, S. G. (1976). Modern whaling in Britain and the north-east Atlantic Ocean. *Mammal Review*, 6(1): 25-36. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2907.1976.tb00198.x>
- [Carpeta con documentos del buque ballenero Indus 11]. *Archivo de la Dirección de Territorio Marítimo y Marina Mercante*. Valparaíso, Chile.
- Coloane, F. (16 de septiembre de 1934). Flota ballenera. *El Magallanes* (Punta Arenas).
- Coloane, F. (1941). *El último grumete de la Baquedano*. Santiago: Zig-Zag.
- Coloane, F. (1962). *El camino de la ballena*. Santiago: Zig-Zag.
- Coloane, F. (1972). *Los balleneros de Quintay*. Santiago: Quimantú.
- Coloane, F. (1995). *Velero anclado*. Santiago: LOM.
- Coloane, F. (2000). *Los pasos del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- Coloane, F. (2008a). *Tierra del Fuego*. Santiago: Alfaguara.
- Coloane, F. (2008b). *Antártico*. Santiago: Alfaguara.
- Coloane, F. (2010). *Galápagos*. Santiago: Navegación e Ideas.
- Coloane, F. (2012). *Golfo de Penas*. Santiago: Planeta.
- Davis, L. E., Gallman, R. E. y Gleiter, K. (1997). *In pursuit of Leviathan: Technology, institutions, productivity and profits in American whaling, 1816-1906*. Chicago: The University of Chicago Press.
- De la Fuente, P. y Quiroz, D. (2011) Los chilotes en la ballenera de Quintay. *Revista Chilena de Antropología*, 24(2), 172-192.
- Dolin, E. J. (2007). *Leviathan. The history of whaling in America*. Nueva York: Norton & Co.
- Du Pasquier, T. (2000). *Les baleiniers basques*. París: Editions S. P. M.
- Ellis, R. (1991). *Men and whales*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Epstein, C. (2008). *The power of words in international relations*. Cambridge: MIT Press.
- Gerstmann, R. (1959). *Chile*. Dusseldorf: Hub Hoch.
- Hernández, J. (1998). *Donde viven las ballenas. Actividades balleneras en la Santa María y Chome del pionero Juan Macaya Aravena*. Concepción: Editora Aníbal Pinto S. A.

- Highman, J., Bejder, L. y Williams, R., *Whale-watching: Sustainable tourism and ecological management* (pp. 57-70). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hoyt, E. y Parsons, E. M. (2014). The whale-watching industry: Historical developments. En
- Kalland, A. y Moeran, B. (1992). *Japanese whaling: End of an era?* Londres: Curzon Press.
- Lawrence, T. B. y Phillips, N. (2004). From *Moby Dick* to *Free Willy*: Macro-cultural discourse and institutional entrepreneurship in emerging institutional fields. *Organizations* (11), 689-711.
- [Matrículas de los buques Indus 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11]. *Archivo de la Dirección de Territorio Marítimo y Marina Mercante*. Valparaíso, Chile.
- Pereira Salas, E. (1971). *Los primeros contactos entre Chile y los Estados Unidos, 1778-1809*. Santiago: Andrés Bello.
- Pina Cabral, P. (2000). The ethnographic present revisited. *Social Anthropology*, 8(3), 341-348.
- Quiroz, D. (2010). Una breve crónica de la cacería de ballenas en Valdivia (1906-1936). *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (19), 75-98.
- Quiroz, D. (2011). La flota de la Sociedad Ballenera de Magallanes: Historias y operaciones en los mares australes (1905-1916). *Magallania*, 39(1), 33-58.
- Quiroz, D. (2015a). Etnografía de la planta ballenera de Quintay: Reportajes, informes, historias. *Revista Chilena de Antropología*, (32), 7-19.
- Quiroz, D. (2015b). Balleneros en la niebla: Una mirada para-etnográfica de la caza de ballenas en Chile. *Chungará*, 47(2), 319-330.
- Quiroz, D. (2016a). Excursiones etnográficas entre los pescadores de ballenas de Tumbes y la isla Santa María, Chile, a comienzos del siglo xx. *Antropologías del Sur*, (5), 103-123.
- Quiroz, D. (2016b). Etnografía retrospectiva de la planta ballenera de Quintay, Valparaíso, Chile. En W. Castellucci Jr. y L. H. dos Santos Blume (eds.), *Populações litorâneas e ribeirinhas na América Latina, estudos interdisciplinares, Volume 2* (pp. 188-207). Salvador: Universalis, Edições Eduneb.
- Quiroz, D. (2020). *Soplan las ballenas. Historias de la caza de cetáceos en las costas de Chile*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. <https://www.centrobarrosarana.gob.cl/sitio/Contenido/Publicaciones/95041:Soplan-las-ballenas-Historias-de-la-caza-de-cetaceos-en-Chile>
- Quiroz, D. y Carreño, G. (2010). El último sueño del capitán 'Adolfus' Andresen: La caza de ballenas en aguas magallánicas (1933-1935). *Magallania*, 38(1), 37-60.

- Quiroz, D. y Carreño, G. (2017). Narrativas etnográficas sobre ballenas y balleneros en las costas de Chile. *Antípoda*, (28), 31-51
- Quiroz, D. y de la Fuente, P. (2012). Las operaciones balleneras de la Indus en aguas patagónicas: Los años iniciales (1936-1939). *Magallania*, 40(2), 7-20, 2012.
- Report of number of whales, oil production, etc., Season 1953, Compañía Industrial S.A., Valparaíso, Chile. *Vestfoldarkiv*. Sandefjord, Noruega.
- Reyes, S. (1951). *Mónica Sanders*. Santiago: Zig-Zag.
- Richter, V. (2016). «Where things meet in the world between sea and land»: Human-whale encounters in littoral space. En U. Kluwick y V. Richter, *The beach in anglophone literatures and cultures: Reading littoral space* (pp. 155-173). Londres: Routledge.
- Risting, S. (1922). *Av Hvalfangstens Historie*. Kristiania: J. W. Cappelens Forlag.
- Salvo, L. (2000). *Historia de la industria pesquera en la Región del Bío Bío*. Santiago: Asipes.
- Sandoval, A. (1986). Los cazadores del golfo de Penas y las 'penas' de la Chile Noruega. *Nuestro Mar*, 37(7), 16.
- Sanjek, R. (1991). The ethnographic present. *Man (n. s.)*, 26(4), 609-628.
- Sepúlveda, J. (2008). La epopeya de la industria ballenera chilena. Trece empresas balleneras chilenas. *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, (11), 11-35.
- Teillier, J. (1968). Entrevista con Francisco Coloane. *Árbol de Letras*, (6), 54-55.
- Tønnesen, J. N. y Johnsen, A. O. (1982). *The history of modern whaling*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Van Ginkel, R. (2007). *Coastal cultures: An anthropology of fishing and whaling traditions*. Apeldoorn: Het Spinhuis.
- Varas, J. M. (1998). Prólogo. En Coloane, F., *El témpano de Kanasaka y otros cuentos*. Santiago: Universitaria.
- Varas, J. M. (2010). Pancho y Pablo. *Nerudiana*, (10), 25-27.
- Véliz, C. (1961). *Historia de la marina mercante de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Vidal, V. (1991). Testimonios de Francisco Coloane. Santiago: Universitaria.
- Winet, G. (3 de diciembre de 1943). En Quintay ha surgido la más moderna base ballenera del continente. *Zig-Zag* (Santiago), pp. 15-16.